

JUAN ARIAS

**EL DIOS EN
QUIEN NO CREO**

VIGESIMOQUINTA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2008

A CUANTOS, CREYENTES O NO,
SE ESFUERZAN POR PENETRAR
LA «NOVEDAD» DEL EVANGELIO.

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Título original: *Il Dio in cui non credo*

© Citadella Editrice, 1969

© Ediciones Sígueme S.A.U., 1969

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

e-mail: ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-0300-3

Depósito legal: S. 990-2008

Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona

Polígono El Montalvo, Salamanca 2008

CONTENIDO

1. Un Cristo siempre nuevo	9
2. Palabras duras del Evangelio	15
3. La revelación de los pobres	22
4. Cristo no pide documentos	28
5. El código de la libertad	35
6. Mi Dios es joven	41
7. Convertirse es aceptar la felicidad que viene de manos de otro	43
8. Nuestra experiencia de resucitados	54
9. Mi Dios es desconcertante	63
10. Las preguntas del que no cree	65
11. Quién es verdaderamente feliz	71
12. Mi Dios es distinto	78
13. Cristo no usó el poder	81
14. La desobediencia de Cristo	87
15. Mi Dios es pobre	95
16. La Iglesia que amo	97
17. El lado débil de Dios	103
18. Mi Dios es frágil	109
19. Cómo seremos juzgados	111
20. Cristo nos ha llamado amigos	121
21. Mi Dios es celoso	128
22. Cada hombre es una casa de Dios	130

23. La autoridad según Cristo	137
24. Mi Dios es gratis	147
25. La violencia nueva de Cristo	149
26. Por qué está en crisis la esperanza	157
27. Mi Dios no tolera los ídolos	165
28. Mi Dios es todo	171
29. ¿Dónde está tu Dios?	173
30. Mi Dios es poeta	180
31. El Dios en quien no creo	183

UN CRISTO SIEMPRE NUEVO

Vivimos a caballo de dos mundos: uno que hace aguas por todas partes y otro que se nos echa encima irremisiblemente con su tremenda carga de novedad, de interrogantes, de sorpresas.

Desde el lomo de este caballo, no siempre fácil de montar; desde el difícil equilibrio de esta cuerda tendida entre dos orillas cada vez más claras ambas y más oscuras, quiero recoger cuanto abarca mi mirada. Un mirar que se hace idea y una idea que quiere hacerse palabra para no caer en el reproche de Chesterton: «La idea que no trata de convertirse en palabra es una mala Idea». Pero una palabra que lleve el calor capaz de engendrar vida y por eso reflejo de la palabra primera, la vida que se hizo carne y sangre, actualidad humana, esperanza nueva. Es el mismo Chesterton quien dice: «Una palabra que no empuje a la acción es una mala palabra».

Será para mí un pensar en voz alta acerca de este nuevo mundo que se nos cuela ya por puertas y ventanas, y para vosotros un recoger mi pensamiento como el esfuerzo amigo, pobre pero leal, sencillo pero realista, arriesgado pero sincero, de daros lo mejor de mí mismo.

Se trata además de una posibilidad nueva que nos brinde el concilio: «Reconózcase tanto a los eclesiásticos como a los seculares la libertad de investigar, de pensar, de manifestar con humildad y con valentía su propia opinión en el ámbito de su competencia» (GS 62).

Si son las ideas lo que ayuda a transformar el mundo, ahí va mi pobre puñado de semillas: es un tributo de fe a la vocación dinámica, creadora, cristiana del hombre. Y sobre todo un tributo de fe a la «novedad» infinita de Cristo y de su Evangelio, capaz de seguir sorprendiendo al hombre concreto de cada generación.

El hecho de dedicar estas páginas no sólo a mis amigos creyentes, sino también a quienes viven en la ansiedad de la fe o caminan con dolor y esperanza en la búsqueda de la luz, me obliga a un esfuerzo mayor de sinceridad.

Han sido precisamente los amigos no creyentes quienes me han estimulado siempre de un modo particular a no traicionar nunca mi luz por una errónea condescendencia con ellos.

Quieren que les hable del Cristo que vive en mi fe; de ese Cristo que es nuevo cada instante; de ese Cristo tal como late en las páginas siempre vivas del evangelio y quizás de un modo particular en esas páginas que con frecuencia hemos escamoteado con el fácil pretexto de ser «oscuras»; de ese Cristo que más de una vez hemos tenido miedo de predicar; de ese Cristo que tiene que seguir siendo un escándalo para que pueda ser Dios de verdad.

Hablar de Cristo es hablar de algo que es siempre «nuevo», de algo que es siempre «actual», de algo que borra definitivamente las fronteras entre el ayer, el hoy y el mañana. Cristo no es un personaje del pasado ni una invención del futuro. Cristo no puede ser inventado por los hombres. Cristo «es» siempre. Pero es más grande, más actual, más nuevo que todo lo que nace. Camina siempre delante; amanece antes que el sol. Y el hombre nunca podrá abarcarlo totalmente. Por eso es distinto cada momento; por eso podemos profundizar en su luz y en sus entrañas indefinidamente.

Por eso, un Cristo ya terminado, ya biografiado, ya predicado definitivamente, sin dejarle ninguna posibilidad

de nuevas sorpresas, es un Cristo demasiado pobre que, lógicamente, ha sido rechazado por tantos a quienes hoy llamamos ateos; es un Cristo, un Dios en el que yo tampoco creo. Habíamos empuqueñecido de tal modo al Dios cristiano que lo habíamos hecho a la medida de los personajes meramente humanos que tienen un arco de interés limitado en la historia.

Pero Cristo es el único personaje que resiste al tiempo, porque está fuera del tiempo. Él es en este sentido el verdadero futuro, porque todo lo que será, todo lo que vendrá, todo lo que nacerá en la tierra de los hombres ya existe en él.

Pero nosotros tenemos que hablar de Cristo desde nuestro ángulo del tiempo, ya que es el tiempo nuestra única propiedad y es en el tiempo donde nosotros construimos la historia que es ya historia de salvación y comienzo de la pascua final.

Por eso, si es verdad que creer en el futuro, que tener vocación de futuro es tener esperanza en el Cristo siempre presente en todo lo que nace, también lo es que el pasado vive en nosotros, que nuestra justicia debe abarcar todo el arco de la historia, que nosotros somos lo que somos y preparamos el futuro que vive en nosotros gracias a la realidad del pasado que nos ha dado la posibilidad de seguir engendrando la historia.

Por eso se impone una pregunta honrada cada vez que nos lanzamos a profundizar en las realidades de lo nuevo, de lo desconocido.

Y esta pregunta es: ¿qué hacemos con el pasado? Porque es sabido que hoy, la nueva generación, tiene sobre todo vocación de futuro, ya que comprende que «para estar presentes hay que ser contemporáneos del futuro». Y hoy se vive corriendo, con el pie en el metro o en el acelerador del automóvil, y no hay tiempo, ni posibilidad, ni demasiadas ganas de mirar para atrás como las antiguas matronas

que, desde sus diligencias de caballos, les gustaba contemplar lo que iba quedando a sus espaldas.

¿Meter, pues, el pasado en la caja de los recuerdos con olor a naftalina? No, porque podríamos caer en la tentación de la añoranza y podríamos perder el autobús entretenidos en contemplar viejas fotografías de familia.

¿Pisarlo como una colilla bajo nuestros pies nerviosos? Tampoco, porque en la prisa podría quedar una chispa de fuego que, encolerizada, hiciera saltar la nueva casa en llamas.

¿Pasar de largo, como se pasa delante de los cementerios que en algunas ciudades se alinean a la orilla de las grandes carreteras? Creo que tampoco. Pero ¡cuántos siguen heridos por la nostalgia provinciana del pasado que sacudía ya a los israelitas en el desierto, que olvidaban el «maná», símbolo de lo nuevo, y preferían y añoraban los ajos y cebollas de Egipto!

¿Qué haremos, pues, con el pasado, nosotros, hombres de una generación más veloz ya que el sonido y con un pie en las estrellas?

¿Qué haremos con el pasado para que, sin pecar de injusticia, no nos sirva de pretexto para seguir sentados sobre las cenizas muertas de lo que ya no volverá a nacer?

Estoy seguro de que las actitudes ante este fenómeno serán muy variadas. No sé si valdrá para todos, pero para mí fue significativa la lección que me dio un insecto. Sí, uno de esos grandes, magníficos insectos de los bosques.

No sé cómo pudo ser para ir a parar allí contra la gran cristalera del restaurante del aeropuerto de Roma. Allí, pegado al cristal, nervioso, amedrentado, pudoroso, semejaba un novicio metido de repente en el bullicio de una sala de fiestas. Era un raro contraste el cuerpo delicado, impalpable, suavísimo de aquel minúsculo aeroplano de la naturaleza pegado a la ventana que vibraba con el estruendo de los motores en marcha de los grandes aviones

que cubren vuelos internacionales. Era como el choque violento de dos generaciones: era la inteligencia, la técnica, la ciencia, la fuerza creadora del hombre en competencia con la naturaleza, virgen y delicada, pero incapaz de superarse a sí misma.

Pero, quizás por ese instinto primitivo que todos llevamos dentro, por ese beso difícil de olvidar que la naturaleza estampó un día en nuestra carne, yo me olvidé por un momento de los reactores y me fui al mundo de estos insectos para sentarme en el banquillo de su escuela.

Y su lección fue una lección viva y actual: apenas nace la larva, lo primero que hace es comerse su propia cáscara. Cuando más tarde se envuelve con su misma sustancia, con su pasado, y queda suspendida en el presente, inmóvil, en la gran oscuridad, con sensación de inutilidad, le van creciendo las alas. Cuando se siente un nuevo ser, se rompe su envoltura y el sol empieza a llenar de luz el color vivo de sus alas. Allí, a sus pies, yace su segunda mortaja, símbolo mudo del pasado. ¿Qué hará con ella?, ¿despreciarla?, ¿convertirla en recipiente de basura?, ¿conservarla como recuerdo de familia entre el musgo? No. También ahora se comerá su propia envoltura y, hecha la comunión, se lanzará a la conquista de nuevos mundos.

Yo pienso que el insecto se come su pasado, físicamente, como un símbolo sagrado de respeto y gratitud. El pasado estaba amasado con su propia vida y con la que le habían legado sus antepasados. Y ese pasado no despreciado, sino asimilado, hecho carne propia, debería ser el eslabón imprescindible entre dos mundos que deberían darse siempre la mano.

El insecto que no deja baúles de nostalgias porque se ha tragado con amor su pasado no caerá en la tentación de abandonar su vuelo para sentarse ante su antigua mortaja y añorar, cansado quizás de tanto volar, su antigua vida de gusano tranquilo y gordinflón.

Él lleva el pasado en sus entrañas, construye el presente y prepara el futuro con lo que ha asimilado del pasado y con la fuerza de su nueva vida.

¿No podría ser algo así nuestra actitud ante el pasado, ante el ayer, ante lo tradicional, ante lo que va quedando a nuestras espaldas? ¿Una comunión de gratitud y de respeto para asimilar su sustancia y un caminar hacia nuevos mundos sin nostalgias estúpidas, sin posibilidades de retornos perezosos, pero al mismo tiempo sin escupir sobre lo que nos ha permitido volar, descubrir, avanzar, crear?

No sé dónde terminaría aquel insecto grande del aeropuerto de Roma. Quizás en el bolso perfumado de alguna vieja turista inglesa o bajo la bota implacable de algún fornido mozo de cuerda. Yo lo recordaré siempre tímido y hermoso, con ese mensaje fuerte de luz que el creador ha dejado grabado para nosotros en la corteza de cada ser.

Y su lección nos acompañará a través de las páginas de este libro, que con gratitud a lo que fue intenta ofrecer una palabra nueva a los problemas nuevos del hombre de nuestros días.